

Revista

de

Ciencias Económicas

PUBLICACION DE LA FACULTAD DE CIENCIAS ECONÓMICAS
CENTRO DE ESTUDIANTES Y COLEGIO
DE GRADUADOS

DIRECTORES

Juan Bayetto
Por la Facultad

Horacio B. Ferro
Por el Centro de Estudiantes

Juan José Guaresti (h.)
Por el Colegio de Graduados

SECRETARIO DE REDACCION

Carlos E. Daverio

REDACTORES

Andrés Devoto
José Rodríguez Tarditi
Por el Colegio de Graduados

Vito N. Petrerá
Silvio Pascale
Por la Facultad

José D. Mestorino
Emilio A. Bava Giachetti
Por el Centro de Estudiantes

AÑO XXI

OCTUBRE DE 1933

SERIE II, N° 147

DIRECCION Y ADMINISTRACION
CALLE CHARCAS 1835
BUENOS AIRES

Información universitaria

Fallecimiento del doctor Víctor M. Molina

En el acto del sepelio de los restos del doctor Víctor M. Molina, que se efectuó el 16 del corriente, hablaron el doctor Salvador Oria, en representación de la Facultad de Ciencias Económicas, y el señor Anfbal Noguera, por el Centro de Estudiantes de la casa, cuyos discursos transcribimos a continuación:

DISCURSO DEL Dr. SALVADOR ORIA

En la noche de ayer, repuesto apenas de la impresión que me produjo la triste nueva, me dirigí a la casa del "faubourg" de Belgrano, en la que se velaban sus restos.

La habitación en la que me encontré la imagen yacente del viejo amigo, se hallaba en el margen de un piso alto, distante, podría decirse, de los salones de recepción y no llegaba hasta ella ni siquiera el discreto rumor de los deudos y amigos que dilufan en desconsolados comentarios la amarga esencia de esas horas.

Casi en la penumbra, rodeado por limitadas paredes en las que se había adherido con inexplicable tersura un espejo de sombras, rígido el cuerpo aunque dulce la expresión del rostro, dormía nuestro amigo el sueño eterno.

Es para mí indudable que él mismo sugirió la austeridad de ese ambiente que condecía en realidad con lo que ha sido su vida íntima; porque no obstante su larga actuación de hombre público, sus extraordinarios éxitos como orador político y parlamentario; su contacto frecuente con la masa del pueblo, a que lo inclinaba la sinceridad de su credo democrático, era el doctor Molina, como todos los hombres de positivo valer, un enemigo irreconciliable de la solemnidad y del boato, un enamorado ferviente de la sencilla paz en que el hogar se construye y el esfuerzo intelectual se fecundiza.

Ejercicio, señores, una alta representación: la Facultad de Ciencias Económicas me ha discernido la honra de dar el adiós en la intensidad de este momento, a uno de sus precursores; pero me es imposible olvidar que tuve la fortuna de ser su amigo y la satisfacción, además, de acompañarle en funciones de gobierno; que cumplió con extraordinaria eficiencia y una honradez absoluta fuertemente destacada por todos sus antecedentes de hombre público, y hoy por el estado de pobreza evangélica en que le sorprende la muerte, que ha de servir para la aleación más firme de

su futuro bronce, ya que como lo ha significado un tribuno francés, es la pobreza el metal más firme para fundir la estatua de los que tuvieron bajo su tutela el positivo caudal de los intereses colectivos.

El doctor Molina era en la intimidad un magnífico padre y un insustituible amigo. El mismo me decía una vez: "Todos los hombres tienen como los panoramas un valor distinto, según la distancia a que se los observa. A mí me parece que de cerca he de resultar mejor". Y lo decía, compenetrado de su propia e inagotable bondad.

Jamás le oí atacar un ausente, nunca dió valor a los beneficios que distribuía o a la caridad que prodigaba, envolvía estas virtudes en un cristiano silencio; era uno de los escasos hombres que he hallado en mi camino, capaces de comprender que el favor concedido a quien tendemos la mano, se diluye y neutraliza, con la ridícula propaganda y la invocación constante a un sentimiento de gratitud, que si ha de venir, como ocurre cuando se ayuda a un bien nacido, viene solo y a paso bien firme, por cierto.

El talento del doctor Molina se caracterizaba por su amplitud, era un cerebro que proyectaba luz hacia todos los rumbos y hasta fronteras distantes. Su cultura era a la vez literaria y científica. Tenía una erudición clásica completa y un conocimiento de las letras contemporáneas admirable, traducido por su propio estilo, de una brillante frescura y actualidad.

Sus actividades políticas y su acción en el periodismo, no impidieron que escribiera un excelente tratado que interesa a la agricultura, sobre régimen de riego — inédito aun — y que se preocupara de la fundación de escuelas prácticas, modificando como lo hizo con la Escuela de Comercio Carlos Pellegrini, la excesiva presión de las tendencias filosóficoliterarias en nuestra instrucción pública.

En este sentido era el doctor Molina un fuerte acreedor de nuestra Universidad.

Pensando en ella pasó sus últimos días, redactando un programa que ha quedado inconcluso, de Política Económica.

Era el viejo Molina como cariñosamente le decían sus amigos, un hombre profundamente bueno, capaz, tolerante, comprensivo, dúctil, afectuoso; y era todo esto, porque todo esto es armónico e inseparable en un hombre superior. Su patriotismo era real y dinámico, exento de huecas declamaciones.

En sus últimos días, cuando era anatómicamente un doloroso saldo de aquella su recia complexión de los buenos tiempos, cuando en su inteligencia, antes tan lúcida, titilaba débilmente una imperceptible cárdena luz, bastaba la presencia del decano de nuestra Facultad, el doctor Urien, también su viejo amigo o cualquiera de los profesores de la casa, para que intentara desprenderse del ángulo del sofá en que estaba desplomado o se debatiera en su terrible letargo mental, para formularnos preguntas sobre la casa de estudios.

"Dígales a los muchachos — así se refería a nuestros alumnos

— que estoy algo enfermo; pero que les estoy preparando un programa que consulta los problemas de actualidad, y confío, en breve, estar en condiciones de dictar mis clases”.

Tenía el automatismo heroico, el impulso anhelante del verdadero luchador, el movimiento hacia arriba que sólo puede detener la gravitación de la muerte.

Señores: No puedo terminar este discurso, elaborado con la angustia y la imprevisión de los escasos momentos que hemos arrancado a la sorpresa y al dolor sin mencionar un episodio reciente.

No hace media hora, ha llamado por teléfono a mi casa el almirante Domecq García, coetáneo y amigo del doctor Molina, con quien compartió las tareas del gobierno.

“Es necesario que usted lo recuerde — me dijo el almirante — en nombre de la marina”.

“Yo no tengo tan honrosa credencial — argüí”.

“No importa — me replicó —. Hable en mi nombre, en nombre, si usted quiere, de un ex ministro. Sufro el gran pesar de estar inhabilitado para acompañar los restos de mi gran amigo, porque estoy enfermo. Y le ruego que diga que si la Argentina tiene hoy la mejor escuadra del continente, una Escuela de Mecánicos bien organizada, la base de aviación de Punta Indio y Puerto Belgrano, todo esto y mucho más se debe al concurso del doctor Molina.

Señores: Roguemos por el descanso eterno y merecido de quien tanto hizo por el bien y la honra de su patria.

DISCURSO DEL Sr. ANIBAL NOGUERA

Señores:

Con el corazón acongojado, cumplimos el deber impuesto por la amistad y la gratitud, al inclinarnos delante de esta tumba que se abre, interrumpiendo la vida de un gran argentino que consagró los mejores años de su juventud a la lucha por el mejoramiento de las instituciones y por el engrandecimiento de nuestro país y los últimos días de su existencia, cuando su larga y fecunda labor le hacían acreedor a un merecido descanso, los dedicó a la enseñanza universitaria con el entusiasmo del profesor de veinte años y con la versación y experiencia del hombre que vivió intensamente setenta y dos.

El maestro que en este momento despedimos, era uno de los valores más reales de la universidad argentina, desde su cátedra de Política Económica y Finanzas Nacionales, que abandonara momentáneamente por enfermedad y desde ayer para siempre por el desenlace fatal del mal que lo aquejaba, hubiera transmitido en forma sintética a los que éramos sus alumnos, el caudal precioso de su ciencia, producto del estudio de muchos años y de la comparación de las teorías aprendidas en los libros y de la aplicación y sus resultados en la vida misma del organismo objeto creador o causa de esas teorías.

Nuestro profesor desaparecido reunía todas las condiciones y virtudes necesarias para dictar la cátedra de Finanzas y por sus profundos conocimientos sobre la ciencia y el arte del gobierno, puestos de relieve durante su ministerio y su honestidad, su acrisolada honestidad, hacían de él el arquetipo del Ministro de Hacienda, reclamado patrióticamente a fines del siglo pasado, en sus primeras clases de Finanzas en la Facultad de Derecho, por el entonces profesor Dr. José A. Terry.

No voy a referirme a la actuación del Dr. Molina, sino desde un punto de vista eminentemente universitario, porque desde otros aspectos ha sido recordado por quienes para ello tienen la mejor representación. En el año 1923, el doctor Molina desempeñaba la cartera de Hacienda y habiéndose producido dificultades con respecto a la firma del estatuto universitario — que estuvo en vigencia hasta la intervención que a la Universidad llevara el señor Nazar Anchorena — con la conciencia clara de la importancia que para la vida universitaria significaba la aprobación del más tarde llamado estatuto reformista acompañó con su firma a la del entonces Presidente de la República Doctor Marcelo T. de Alvear.

La Facultad de Ciencias Económicas que tuvo el alto honor de contar entre sus profesores al Dr. Molina, tiene para con él motivos de profundo agradecimiento, pues, fué el creador de la enseñanza comercial en el país; la actual Escuela Superior de Comercio Carlos Pellegrini fué creda en virtud del proyecto de ley presentado por el Dr. Molina, diputado nacional a la sazón, en la sesión del 31 de Agosto de 1888.

La simpatía y confianza que sentía para con los egresados de Ciencias Económicas, se tradujo durante su gestión ministerial en decretos, que, como el de octubre 22 de 1923, al mismo tiempo que introducía una norma administrativa positiva y eficiente al confiar esas funciones a Contadores Públicos Nacionales, evidenciaba una vez más que nadie tanto como él conocía lo que era fruto de sus esfuerzos.

Señores: para los estudiantes de la Facultad de Ciencias Económicas, el Dr. Molina no ha muerto, porque si bien desaparece la materialidad de su cuerpo, quedan en cambio entre nosotros sus enseñanzas, fruto de su larga existencia de estudioso infatigable y la lección ejemplar de su vida.

El Dr. Víctor M. Molina no será para nosotros tan sólo un recuerdo, sino una luz brillante y fecunda que nos guiará desde el cielo, del porvenir y en todo momento nos hará presente, que quien desea el bien de la patria, debe consagrar su vida al estudio y al trabajo y al abandonar las altas funciones públicas continuar modestamente trabajando con el entusiasmo y optimismo de siempre, sin el enervamiento de quienes no obraron con patriotismo.